

IV.

La suspirada noche en que debía verificarse el baile de la Lonja, cubrió al fin con sus sombras á la hermosa capital de la República mexicana.

A decir verdad, nunca nos han parecido los salones de la Lonja propios para una fiesta de esa parte de la sociedad que presume de aristócrata y elegante. Por esmerado que sea el adorno con que se pretenda cubrir la fealdad de ese antiguo edificio, no llegará á lograrse que una persona de buen gusto, ó que hubiese tenido ocasion de concurrir á mejores salones, deje de hallar los de la Lonja anticuados y poco ó nada artísticos. En

cuanto á lo que es en sí uno de estos bailes que tantos afanes cuestan á los padres de familia, tantas inquietudes á las jóvenes y tantos pasos á los pollos y á los que no lo son, preciso es confesar que no justifican, sino muy rara vez, el entusiasmo con que se recibe la noticia de que vuelven á abrirse los salones de la Lonja.

Cuando se quiere que estén espléndidos, se convidan á mas personas de las que el local puede contener, y entre ellas á muchas de esas familias á las que aun no se expide la carta de naturalizacion aristócrata, porque no tienen todavía el dinero necesario para hacerse dignas de esa honra, y resulta que van á ser el blanco de la crítica de los que ya ingresaron á la alta sociedad. Sin embargo, si no se procede así, sucede que los salones están casi vacíos, y hay que resignarse á tener por ocupacion el hacer el valúo de las alhajas antiguas y modernas que llevan ciertas señoras que se parecen á los aparadores de Baulot ó Schiller, en la calle de Plateros.

Pero preseindamos de todo; dejemos en olvido tantas y tantas cosas que darian materia para innumerables caricaturas y volvamos á nuestros conocidos Lorenzo y Luisa.

Doña Cármen habia visto colmados todos sus deseos: don Vicente habia hecho un nuevo sacrificio y Luisa se presentó con un traje que no habria desdeñado ni la hija de un rico propietario.

¡Qué simpática y provocativa estaba Luisa con su vaporoso vestido, escotado como rigurosamente debe estar el vestido de una jóven que va á un baile! De otra manera la juventud del sexo fuerte preferiria ir á misa y no á un baile. Las cosas deben hacerse en regla ó dejarlas.

Luisa, siguiendo la ley de la moda, estaba pintada, aunque sin la exageracion que se notaba en las demas jóvenes que estaban en el salon, y á quienes casi desconocian sus amigos. Pero los ojos de Luisa eran bellos, y la pintura y los afeites no hacian sino un papel secundario, porque aquellos ojos valian todo un mundo.

El afan de doña Cármen hizo que al principio de la fiesta sufriese una horrible contradicción.

Aquella señora, para quien los instantes se hacian siglos, mientras no lograrse su hija un buen novio, fué la primera que se presentó en el salon; de manera que, como las familias de buen tono no acostumbran entrar á un baile de etiqueta sino despues de las diez de la noche, don Vicente, su señora y su hija tuvieron que aguardar á que fuesen llegando los convidados, no sin gran impaciencia.

Lorenzo, jóven apegado á las reglas de la alta aristocracia, llegó á las once, cuando se habian bailado ya dos piezas.

Luisa no pudo bailar esas piezas, no porque le hubiese faltado quien la invitase, sino porque doña Cármen creyó que era conveniente guardar aquella *consecuencia* á Lorenzo.

Contra lo que esperaba la ambiciosa de doña Cármen, el jóven pretendiente de su hija,

al acercarse á ella, le pidió, no la danza que iba á bailarse, sino la siguiente, porque tenia que hacerlo con una hermosa y rica dama cuya casa frecuentaba.

Esta preferencia hirió en su amor propio á la familia de don Vicente, pero se sobrepuso el cálculo y no se dieron por entendidas aquellas buenas gentes.

Llegó al fin la hora suspirada.

Eseuchemos la conversacion de Luisa y Lorenzo.

—Al fin tengo el placer de bailar con vd., Luisa; tanto tiempo lo habia deseado! Hay en este género de entretenimiento, un encanto de que no puede tener idea sino el que lo ha gozado. Bailar es una verdadera delicia.

—No le creia á vd. tan aficionado al baile.

—Soy entusiasta por él como ninguno.

—Si lo fuera, no habria vd. llegado tan tarde al salon, Lorenzo.

—Luisa, mal de mi grado, prescindí de las dos primeras piezas; pero qué quiere vd., di-

cen que no es conforme con las reglas del buen tono ser de los primeros en llegar á esta clase de reuniones.

Luisa sintió algo muy desagradable al oír aquellas palabras, pero supo disimular.

—Pero..... quiso continuar Lorenzo, cuando Luisa le hizo notar que habia equivocado la figura.

Pasado aquel incidente, Lorenzó continuó:

—Sí, es muy hermoso bailar, y lo es mas todavía cuando la fortuna nos depara una compañera tan amable y encantadora como vd.

—¡Mire Lorenzo, que va vd. á equivocarse otra vez la figura.....!

—Y la equivocare cien veces, puesto que... perdóneme vd., Luisa; yo no sé darme cuenta de lo que en mí pasa. Yo.....

—Está vd. preocupado seguramente; no habrá visto en el salon á alguna persona á quien vd. desea encontrar, y estará por eso contrariado.

—¡Luisa, qué poco conoce vd. mis senti-

mientos, ó qué indiferencia reserva vd. para mí!

—¿Yo indiferente? ¿pues no ha visto vd. que á pesar de haber llegado tan tarde, le he dado la primera pieza que iba á bailar?

—¡Oh Luisa! yo se lo agradezco á vd. con el alma; aun cuando esa deferencia no sea sino en justa reciprocidad de mi estimacion á vd., de mi amor.

—Lorenzo, quien como vd. cree que el amor es solo una enfermedad que puede curarse como cualquiera otra.

—Olvide vd. esas frases, Luisa; yo la amo á vd., y si le he insinuado que deseaba verla aquí, no ha sido sino para que decidiese mi suerte.

—Poca fé pueden inspirar sus palabras, amigo mio, cuando antes, en pleno uso de su razon me ha dicho que no cree en ese amor que hoy me pinta.

—Y si yo le jurara, Luisa, que cuando le hablé de aquella manera, fué solo para decirle algo que no pudiese vd. confundir con

lo que tantos y tantos le repiten á vd. todos los dias, y si yo.

Desgraciadamente la danza terminó y Lorenzo tuvo que aplazar para mas tarde el golpe definitivo.

Cuando don Vicente se retiró de la Lonja con su familia, Luisa tenia novio.

Doña Cármen no pudo dormir; tal era su satisfaccion.

Luisa no estaba del todo complacida.

Habia hecho menos resistencia de la que hubiera deseado, y, además, estuvo haciendo una comparacion entre las emociones que experimentó al corresponder á su primer novio y las que habia sentido aquella noche.

Entonces siguió los impulsos de su corazon; satisfizo una necesidad de su alma, realizó el sueño más hermoso de una jóven; ahora, habia complacido á su mamá, y pensaba en que Lorenzo podia abandonarla.

Don Vicente, al recibir á la siguiente mañana la noticia del éxito del baile, dijo para sí, por no disgustar á su mujer:

—Lo único que hay de cierto, es que yo hice un gasto fuerte; en cuanto á ese jóven, no llegará á casarse con Luisa; mi corazon me lo dice.

Diez meses han pasado despues de aquella noche en que Lorenzo y Luisa se juraron eterno amor en el baile de la Lonja.

El fastidio del jóven aristócrata llegaba á su colmo. ¡Pobre Lorenzo! la condicion del novio oficial no puede ser mas insoportable. La monotonía es el estado normal de esta clase de noviazgos, y un hombre de imaginacion ardiente, que vive de emociones nuevas, de luchas, siente como que se ahoga en una atmósfera pesada. Además, habia para Lorenzo algo mas todavía. Doña Carmen, don Vicente y Luisa, no daban un solo paso sin prévia consulta del novio. Y en todo

aquello descubria Lorenzo, no esa condescendencia del amor, sino una táctica estudiada y puesta en juego para no darle el menor motivo de disgusto, porque era rico y no debía dejarse escapar tan buen partido.

Lorenzo, por evitar la crítica de la sociedad aristocrática que le iba á censurar por aquellos amores con una jóven que no tenia mas recomendacion para las familias, que su gracia, evitaba que Luisa concurriese sino al Paseo, y muy rara vez al teatro.

Las visitas de Lorenzo á Luisa, eran diarias, y en nada se diferenciaban unas de otras.

Doña Cármen pretextaba siempre alguna ocupacion en el interior de la casa, de manera que Luisa y Lorenzo estaban casi siempre solos.

Habia algo de servilismo en el modo de tratar á aquel novio, por su posicion social. Esta conducta podia halagar el amor propio de cualquiera de esos ricos que se creen acreedores al respeto y consideracion de las gentes por la superioridad que dá el dinero; sin

embargo, Lorenzo, dotado de una capacidad é ilustracion no comunes entre las personas de su clase, en vez de sentirse satisfecho, experimentaba cierta repugnancia que iba grado á grado entibiando el fuego de su pasion. Lorenzo, en otras circunstancias, habria amado con delirio á Luisa, y tal vez hubiera arrostrado con el enojo de su familia, y con la burla de sus antiguas relaciones, y se habria enlazado con aquella jóven. Pero no se le ocultaba que el interés, mas que el amor, habia estrechado aquellas relaciones, y, como era natural, buscaba una oportunidad para darlas por terminadas.

¡Qué servicio tan importante le habria prestado un rival! Mas no era muy fácil que alguno se presentase, al menos ostensiblemente, conociendo como conocian todos que el móvil de las acciones de doña Cármen era el interés, y doña Cármen era una omnipotencia en aquella casa.

Los jóvenes de mediana fortuna que en otros dias frecuentaron la calle de Luisa, habian creído prudente retirarse para no ex-

ponerse á un desaire. No faltó entre ellos uno que, conocedor del mundo, se resignase á aguardar que doña Carmen casase á su hija con un rico tonto, para introducirse en su hogar y representar una vez mas esas comedias que divierten á la sociedad murmuradora, que escandalizan á la gente *preocupada* y que no pocas veces concluyen en un drama trágico.

Lorenzo ignoraba que habia en México una persona que deseaba sustituirle y que contaba con muy eficaces medios para ello.

Don Gordiano Mantecon era un hombre del pueblo, que despues de largos años de trabajo, habia logrado formar un capital de cuarenta mil pesos. Don Gordiano era tocinero. Su educacion, como es fácil comprender, no fué nada esmerada, y su porte así lo indicaba.

Tenia á la sazón tantos años de edad como miles de pesos. Mas como siempre se exagera la fortuna de los individuos, no faltaban quienes le atribuyesen el doble y aun el triple de aquel caudal.

Muy cerca de la casa en que vivia Luisa, estaba situada una de las tocinerías de don Gordiano, y á esa circunstancia debia él conocer á la jóven y el verla con frecuencia.

—Quien tiene dinero, todo lo puede, dijo un dia don Gordiano viendo á Luisa en su balcon tan encantadora como la hemos conocido. Ni mi edad, ni mi profesion, pueden parecer obstáculos invencibles para lograr un buen matrimonio. Pollos elegantes, pero arrancados, merecerán las atenciones y miradas de esa muchacha, continuó don Gordiano; pero entre ellos y yo, para mí será su mano si la solicito.

El señor Mantecon no iba errado.

Una de las criadas de la casa de don Vicente frecuentaba la tocinería de don Gordiano, y escusado parece decir que de ella se valió el rico tocinero para tomar los informes que necesitaba. Empero, no fué grato para don Gordiano saber que Lorenzo era el novio de Luisa.

Otro nombre habria hecho asomar á sus labios una sonrisa despreciativa; pero se tra-

taba de un rival verdaderamente temible, y el señor Mantecon aplazó para mas tarde sus pretensiones. Sin embargo, la criada continuó frecuentando la tocinería y dando informes á don Gordiano, informes que eran bien pagados.

Un día, don Vicente se había quedado á comer en la casa de un amigo suyo. Doña Cármen y Luisa estaban soñas, y la criada conocida del señor Mantecon sirviendo la mesa.

—Sabes, Luisa, dijo doña Cármen despues de haber permanecido callada mientras tomaron la sopa; sabes que me voy desengañando con respecto al juicio que me habia formado de Lorenzo?

—¿Por qué, mamá? repuso Luisa.

—Porque nos mira como inferiores á él, y evita el acompañarnos en la calle.

—Dice que no le gusta hacer alarde de nuestras relaciones.

—Eres una niña, y tienes poco mundo.

—Yo le correspondí porque tú pusiste en

ello grande empeño, y no queria que me tuvieses por mala hija.

—Lo confieso; mas debes comprender que mi anhelo es colocarte dignamente y rodearte de todas las comodidades apetecibles. La sociedad actual tiene tantas exigencias! y luego tu papá está mal en sus negocios.

—¡Ah! dijo Luisa suspirando, Enrique ha sido la única ilusion de mi vida, y ese sí que me adoraba con locura y no tenia á menos acompañarnos á todas partes.

—Muchachadas, repuso la mamá con desprecio. Si yo hubiera seguido las inspiraciones de mi familia, fuera rica, muy rica. Pero mi inexperiencia

—¡Mamá!

—Las ilusiones se pasan, pero las necesidades viven y se aumentan cada dia. Yo no censuro á los que hacen cálculos antes de casarse. Los hombres deben procurar, si son pobres, conquistar á una rica, y las mujeres pobres á un jóven de buena fortuna. Lo demas es no comprender la ciencia del mundo.

—Ya vé vd. lo que á mí me pasa. Al fin

me quedaré sin el rico, y despreciada por los que no lo son.

—¿Y qué importa el desprecio de los pobres?

Luisa se avergonzaba interiormente de los sentimientos de su mamá, y evitó que aquella conversacion continuase.

Mientras tanto, la criada, que no habia perdido una sola palabra del diálogo, experimentaba una satisfaccion muy grande al considerar que las noticias que iba á darle al señor Mantecon habian de entusiasmarle hasta el punto de ser dadivoso mas que nunca.

VI.

La situacion de Lorenzo no podia ser mas comprometida. Por una parte, cada dia era mayor el desagrado con que su familia veia sus relaciones con Luisa; por la otra, don Vicente, á pesar de estar dominado por su mujer, le trataba ya con un desden que casi era una despedida.

Todo esto hubiera sido poco, si Lorenzo no hubiese ido, instante por instante, viendo desvanecerse las ilusiones que se forjara antes de tratar á Luisa diariamente y con aquella familiaridad que doña Cármen le permitia para que fuese menos posible un rompimiento.

D. A. N. L.

CAPILLA ALFONSINA